Globethics Repository



Predicación bíblica y sentido profético [Biblical preaching and prophetic sense]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Vargas., M. Martín de
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-15 10:32:06
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224342

«PREDICACION BIBLICA Y SENTIDO PROFETICO»
HACIA UNA AUTENTICA TEOLOGIA HORIZONTAL
REFLEXIONES EN TORNO A «JESUS Y LA POLITICA»
LA POLEMICA SOBRE EL CELIBATO DE LOS SACERDOTES
UNA REVOLUCION EN EL MUNDO: POR EL CAMINO DE LA NO VIOLENCIA
ACOTACIONES A UN FAMOSO «CATECISMO»
LOS ADULTOS, ESPERANZA DE LA IGLESIA
MARTIN LUTHER KING: ACUSACION Y ESPERANZA
COMENTARIOS A LA CONSTITUCION «GAUDIUM ET SPES»
MORAL INTERNACIONAL
ESPIRITUALIDAD DEL AÑO LITURGICO
DICCIONARIO TEOLOGICO
OYENTE DE LA PALABRA
SINTESIS DE FORMACION CRISTIANA

15
1968

IGLESIA VIVA

REVISTA DE PENSAMIENTO CRISTIANO

ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

M. MARTIN VARGAS
Cura de aldeas mineras.

PEDRO NUÑEZ
Profesor de Sagrada Escritura de la Universidad de Deusto.

JOSE ALONSO DIEZ, S. J.
Profesor de Sagrada Escritura de la Universidad de Comillas-Madrid.

MARC ORAISON
Publicista.

MONS. HELDER CAMARA
Arzobispo de Recife.

DANIEL RUIZ BUENO
Catedrático de Instituto.

VICENTE M.ª PEDROSA
Profesor de Pedagogía Catequética del Seminario de Bilbao.

RAMIRO MOLINER
Periodista.

CASIMIRO MARTI
Profesor del Instituto Social de León XIII y profesor del Seminario Diocesano de Barcelona.

ALEJANDRO M. BENITO

TEOFILO CABESTRERO
Profesor de Teología Pastoral en el Teologado Claretiano Hispanoamericano de Salamanca.

FERNANDO SEBASTIAN
Profesor de Teología Dogmática en el Teologado Claretiano Hispanoamericano de Salamanca.

IGLESIA VIVA n.º 15 - Mayo-Junio 1968

PRESENTACION 217

ESTUDIOS

«Predicación bíblica y sentido profético». Por *M. Martín Vargas*. 219

Hacia una auténtica teología horizontal. Por *Pedro Núñez*. 235

NOTAS

Reflexiones en torno a «Jesús y la Política». Por *José Alonso Díaz, S. J.* 245

La polémica sobre el celibato de los sacerdotes. Por *Marc Oraison* 249

Una revolución en el mundo: Por el camino de la no violencia. Por *Mons. Helder Cámara* 257

Acotaciones a un famoso «Catecismo». Por *Daniel Ruiz Bueno* 261

Los adultos, esperanza de la Iglesia. Por *Vicente M.ª Pedrosa* 271

Martin Luther King: Acusación y esperanza. Por *Ramiro Moliner* 283

BOLETIN

Comentarios a la Constitución «Gaudium et Spes». Por *Casimiro Martí* 289

LIBROS

Moral Internacional. Por *Alejandro M. Benito* 297

Espiritualidad del Año Litúrgico. Por *Teófilo Cabestrero* . . 301

Diccionario teológico. Oyente de la Palabra. Síntesis de Formación Cristiana. Por *Fernando Sebastián* . . . 304

LIBROS RECIBIDOS 307

EL cristianismo incluye una tensión dialéctica difícil de soportar. Es preciso para ser cristiano sintetizar actitudes y valores a primera vista incomponibles. «Contemplación y acción», «espíritu y materia», «fe y razón», «Dios y tierra»... He ahí diversas manifestaciones de la gran paradoja cristiana.

Pensadores católicos como URS VON BALTHASAR, DANIELOU *y* MARITAIN, *han creído detectar signos inequívocos de desequilibrio en el estilo cristiano de nuestra época. Según ellos, el cristianismo actual vive asediado por la sutil tentación de reducirse a un mero humanismo terrestre.*

Lo cierto es que el cristianismo ha de armonizar, para no descentralizarse, una doble referencia: la referencia vertical al Dios uno y trino y la referencia horizontal al hermano hombre y a la madre tierra.

PEDRO NUÑEZ *nos ofrece un esbozo de lo que puede ser una auténtica teología horizontal.*

Sin embargo, el comportamiento de Jesús parece contradecir la obligación cristiana de participar en los quehaceres temporales. Jesús es hijo de un pueblo ocupado por una potencia extranjera y da la impresión de inhibirse voluntariamente del drama que padece su país.

JOSE ALONSO DIAZ *nos ayuda a comprender la conducta de Jesús de una manera correcta.*

Sacerdotes y seglares viven actualmente en la Iglesia del Mundo unos instantes de especial desazón. En ambos casos la raíz del conflicto parece hallarse nuevamente en la dificultad de coordinar el aspecto vertical y el aspecto horizontal del amor cristiano.

Los sacerdotes se preguntan si la concreción histórica del ministerio sacerdotal, a partir sobre todo de la reforma tridentina, sigue teniendo vigencia en nuestros días. En el interior de esa preocupación se sitúa como uno de sus elementos la polémica sobre el celibato sacerdotal.

Los seglares, por su parte, desean saber si es hoy posible un genuino amor de Dios que no vaya acompañado de una sincera incorporación a las tareas revolucionarias. Más aún, si no es necesario, para proteger a los pueblos y a las clases débiles de la violencia agresiva que segregan unas estructuras sociopolíticas opresoras, recurrir al uso de la violencia defensiva.

MARC ORAISON, HELDER CAMARA *y* RAMIRO MOLINER *tratan sucesivamente de esas delicadas cuestiones.*

Una idea parece afianzarse a través de la reflexión doctrinal sobre el tema que aborda este número de «Iglesia Viva». La Iglesia tiene la tremenda responsabilidad de ser la ciencia profética del mundo. El pueblo de Dios es un pueblo profético.

M. MARTIN DE VARGAS *ha sabido resumir bellamente en su estudio este tema eclesiológico de honda raigambre bíblica.*

La Iglesia se halla ante una gran tarea educativa. Hay que engendrar y conducir a la adultez de la fe a las nuevas generaciones humanas. El nuevo catecismo holandés y el V Congreso Nacional de la Enseñanza Religiosa de Francia constituyen dos exponentes claros de ese gigantesco esfuerzo. DANIEL RUIZ BUENO *y* VICENTE PEDROSA *nos relatan sus peripecias.*

El boletín sobre los comentarios principales a la constitución «Gaudium et spes» —clave conciliar del asunto— completa la temática del número. Por último, la habitual sección de libros, donde se recensionan y enjuician dos obras alusivas al polo divino y al polo humano del misterio cristiano.

ADVERTENCIA:

En el discurso del profesor RUIZ-JIMENEZ: «Hacia mañana...», publicado en el n.º 13 de nuestra Revista, se deslizó la siguiente errata: en la pág. 83, línea 30, donde dice **una fe agnóstica** debe decir **una fe agónica.**

«PREDICACION BIBLICA Y SENTIDO PROFETICO»

M. Martín de Vargas

Un cura de aldeas mineras, en las que encuentra los problemas pastorales propios de la Iglesia de España, quizás agravados, intenta, como otros muchos, dar un sentido profético a su vida.

Estas páginas son la expresión de una voluntad del diálogo en el que todos estamos comprometidos.

I. DATOS BIBLICOS SOBRE LA MISION PROFETICA

1.—EL HOMBRE

El profeta es el hombre de la Alianza

La Alianza es una participación de responsabilidades, una obra en común. A través de ella Dios expresa su voluntad y clarifica sus intenciones; los hombres saben que Dios, aliándose con ellos, espera de ellos.

Es un «proyecto» divino, en el doble sentido, sicológico y geométrico, del término (1). La Alianza implica toda una organización

(1) A. Neher, *L'essence du prophétisme* (París 1955) 119.

social, la edificación de un reino de sacerdotes, la formación de una nación santa.

La realización de este proyecto exige de los hombres que su existencia esté unida a Dios. La realización de los imperativos esenciales de la Torah: «Sed santos, practicad la justicia, ama a tu prójimo», indica no sólo un bien sino una participación del hombre al designio de Dios, que se hace necesaria para que Él continúe su obra entre los hombres y en el mundo.

El profeta es el hombre de la Alianza. La recuerda y la exige. Es su guardián y su mensajero.

El profeta es el hombre de la Palabra

La Palabra es la intervención de Dios en la creación y evolución del mundo. Por la Palabra Dios se encuentra con el hombre en la Alianza.

Mas cuando hablamos de «Palabra de Dios» nos encontramos en una tradición dominada por la palabra de los profetas. En el Antiguo Testamento la palabra entraña más que una simple expresión del pensamiento o de la voluntad; sostenida por el aliento del que habla, la palabra participa, por así decirlo, de su poder e irrumpe en el mundo como una realidad. Así como los hombres reconocen en otro hombre a su señor por el poder de su palabra: «Digo a éste: «vete», y va; y a otro: «ven», y viene; y a mi siervo: «haz esto», y lo hace» (Mt 8, 9), así Israel reconoció en la fuerza y el poder de la palabra de los profetas la fuerza y el poder de su Señor Yahvé. La palabra de un señor auténtico se realiza siempre. «Por eso les he hecho trizas por los profetas, los he matado por las palabras de mi boca» (Os 6, 5a). «Si ese profeta habla en nombre de Yahvé, y lo que dice queda sin efecto y no se cumple, entonces es que Yahvé no ha dicho tal palabra» (Dt 18, 22).

Con la Palabra que a ellos se confía, los profetas reciben en sus manos un poder que se muestra superior a toda potencia política o militar: en la concepción deuteronómica de la historia, la Palabra de Dios se convierte en la fuerza absoluta que dirige la misma historia (2). La dirección de la historia va a exigir la permanencia de la palabra profética, que nunca se extinguirá, porque «no va a faltarle al profeta la palabra» (Jr 18, 18), ni dejará de haber profetas en el pueblo. «Yo le suscitaré de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande» (Dt 18, 18).

Que la palabra tenga que encontrar una respuesta es la consecuencia natural del dinamismo de la ley interior que hay en la palabra misma. La Palabra, como toda palabra, espera una respuesta (Ex 33, 11). Una respuesta del profeta, en primer término, pero la interiorización es una parte de la respuesta; para que se complete necesita además la

(2) J. Willemse, *Jesús, primera y última palabra de Dios*, Concilium 10 (1965) 81-98.

exteriorización. La verdadera respuesta es entonces repetir la Palabra, divulgarla para introducirla en el mundo. La Palabra alcanza a todos los hombres a través de algunos.

El profeta se convierte en el portavoz de Dios.

El profeta es el hombre de un pueblo que marcha en la justicia

El Pueblo de Dios es un Pueblo dinámico que ha comenzado la marcha para no detenerse en la ruta hasta la entrada definitiva en la Tierra Prometida. El final del camino es siempre el punto gozoso que el caminante anhela ver en el horizonte. Decir «lo que es» y «lo que será» este Pueblo es darle un sentido a la marcha. Es mantener en pie la comunidad. Y mantenerla en pie es hacer que viva en la Justicia.

El contenido de la Alianza es la Justicia de Yahvé. La Justicia bíblica es la Tsedaqah, que envuelve integralmente la relación con Dios, con los hombres y con el mundo, implicando la noción de salvación. Un acto de la comunidad que sea justo va a mantenerla viva. El acto injusto ataca a la comunidad. Cada acto justo recrea y reconstituye a la comunidad.

El profeta está comprometido en que el Pueblo que está en marcha no se aparte de la ruta: de ahí que se convierta en un señalizador. Todo lo que va contra el orden de la Justicia tiene que ser excluido: de aquí la denuncia que hace del pecado.

Está también comprometido en que el Pueblo no pierda en su horizonte el destino, tiene que hacer presente el final del camino: con un sacrificio radical de los bienes humanos testimoniará del reino «que será».

También está comprometido en que el ritmo de la marcha permita llevar las cargas de todos. En Israel el comportamiento y la acción no son jamás juzgados según una norma abstracta sino según una relación que, en cada instante, crea la comunidad y en la cual el otro debe responder a lo que se espera de él (3). En esta línea discurre la parábola del samaritano: de los tres personajes que pasan por el camino, sólo el samaritano al constituirse en prójimo responde a lo que se espera de él y con su acción recrea la comunidad (Lc 10, 29-37).

2.—EL MENSAJE

La misión profética requiere dos supuestos previos o condiciones:

a) Conocimiento de Dios

El conocimiento surge con la vocación, en la cual el profeta es testigo de Dios por la visión o audición: llamamiento de Moisés (Ex 3,

(3) G. Von Rad, *Theologie de l'Ancien Testament*, 320.

1-14; Num 12, 7-8); de Samuel (I Sam 3, 1-14); de Amós (7, 15); de Isaías (6, 1-11), etc.

b) **Solidaridad con el Pueblo**

El profeta como mediador entre Dios e Israel está al servicio de ambos. El Pueblo de Dios es su propio Pueblo por el que debe interceder. Moisés en el episodio del becerro de oro (Ex 32); Samuel se conmueve por las palabras de Dios sobre Saúl (I Sam 15, 11); Amós intercede en su visión de las langostas (7, 1-3); en la visión de Judas, Jeremías le entrega una espada con la que han de defenderse de los gentiles (II Mac 15, 12-16).

El profeta es un vigilante de su Pueblo: «Te he puesto como centinela de la casa de Israel» (Ez 3, 17).

El profeta es un don que Dios hace a su Pueblo (Am 2, 11).

El *contenido* del mensaje profético adopta tres formas:

a) **Atención al acontecimiento**

Dios se ha revelado por hechos. Los acontecimientos salvíficos son hechos y no ideas y la fe de Israel se asienta sobre esos hechos.

El acontecimiento es el instrumento del reino de Dios y de su salvación. Dios interviene en su Pueblo para llevar a cabo sus designios provocando mediante el acontecimiento la respuesta del hombre.

Por esto, el profeta, aunque tenga su mirada puesta en el futuro, vive inmerso en la actualidad. Su mensaje está relacionado con una situación determinada y concreta y los problemas del momento histórico encuentran siempre eco en su predicación. Dios está presente ante la necesidad o la prueba que sucede en ese momento histórico y el profeta trata de desvelar el misterio de los designios de Dios. Sabe que esa actualidad tiene un pasado y un futuro porque Dios dirige los acontecimientos más diversos según un plan determinado y hacia un fin determinado.

Está atento a los acontecimientos sociales del Pueblo: el pago del salario (Jer 22, 13), el fraude (Am 8, 5; Os 12, 8), la venalidad de los jueces; los problemas de los esclavos (Jer 34, 8-22), los abusos de los prestamistas (Am 2, 8); porque son todas faltas contra la Alianza. Incluso a veces se espera de él respuestas muy concretas (I Mac 4, 46 y 14, 41).

b) **Denuncia del pecado**

El pecado es más que una infracción a los mandamientos; es una actitud espiritual —olvido, indiferencia, rebeldía, endurecimiento del corazón— frente a Dios. Alcanza a un Israel santo en todos sus miembros y supone un acto injusto que ataca a la comunidad. Si se tolera el pecado de uno de los miembros, el silencio es un compromiso culpable y hay complicidad: es pecador el que no se desolidariza de un pecado ambiente.

Para salir de la situación de pecado el profeta llama a la conversión y el renacimiento que supone en la persona la conversión sincera, el desgarre interior que le ocasiona, da pie al profeta para hacer una invitación a la esperanza. Su fundamento es la Hesed: la misericordia de Yahvé siempre hace posible la reconciliación. (La Historia simbólica de Israel del cp. 16 de Ezequiel).

Pero el profeta es también consciente de que la lucha que tiene entablada contra el pecado va a empezar contra él mismo exigiéndole una constante conversión. El dinamismo misionero debe, a la vez, interiorizarlo y exteriorizarlo: es la misma situación de pecado, en sí o en otro. Es una fuerza a la par centrípeta y centrífuga que le impulsa a la lucha contra el pecado. Recuérdese de paso la profunda frase de Marcel: «Cada testigo lleva en sí tierras paganas que evangelizar».

c) **Integración de los valores humanos**

Es una función más bien propia del sentido sapiencial. En realidad sentido profético y sentido sapiencial, que marcan los dos estilos de vida bíblicos, marchan separados en el Antiguo Testamento. Mientras el profeta recordando la Alianza denuncia el pecado y llama a la conversión, el sabio desarrolla la sabiduría del hombre de la Alianza. Mientras que el profeta actúa el sabio reflexiona a la luz del bien. Complementarios de derecho, se dan separados de hecho; estas líneas paralelas necesitaban un milagro para unirse: la convergencia la haría Jesucristo.

La atención a la persona, como miembro de un Pueblo santo siempre está presente ante el profeta. El profeta atiende a los valores humanos pero trascendiéndolos. La necesidad que el pueblo tiene de un restaurador religioso es captada por Isaías pero su anuncio va más lejos: un restaurador de verdad; Oseas sufre la prostitución de su esposa y su desgracia la transciende en el espacio y en el tiempo.

La sabiduría profética forma al fiel de la Alianza advirtiéndole de un humanismo separado de Dios; los bienes humanos pueden degradar al hombre: de ahí la actitud de sacrificio ante los mismos. La sabiduría sapiencial está atenta a los valores humanos, está abierta al mundo para integrarlo.

El Apóstol Pablo recomienda a los filipenses que tengan en cuenta «todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio» (4, 8). Los famosos «como si» de I Cor son la expresión perfecta de una relativización de los valores humanos integrándolos con un sentido misionero.

II. REFLEXION SOBRE EL ANUNCIO PROFETICO DE LA SALVACION

Anunciar el mensaje de salvación supone, en primer término, que para aquel que lo anuncia ha significado una salvación personal. Anunciar el mensaje que salva implica como presupuesto insoslayable estar convencido de que realmente salva y de que esa realidad salvífica la he experimentado personalmente. Que esa «realidad» se ha hecho tal en él mismo. El contenido del mensaje, en sus elementos esenciales, ha sido vivido; aquello que anuncia como real y verdadero ha sido en primer lugar real y verdadero para él mismo. La ausencia vivencial de la salvación supondría repetir el mensaje como hecho histórico pero no anunciarlo como hecho salvador.

De lo que anuncia debe ser testigo. Testigo del «misterio guardado en Dios». Los profetas eran testigos. Los Apóstoles se nos presentan como testigos: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos» (I Jn 1, 3). El Apóstol Pedro afirmará ante el Sanedrín que ellos no «pueden dejar hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4, 20). El Apóstol Pablo es constituido testigo en la visión de Damasco «tanto de las cosas que de mí has visto como de las que te manifestaré» (Hch 26, 16).

Por esto la pregunta interior que debe formularse constantemente es si realmente se es testigo de lo que se anuncia. Porque sólo de aquello que tiene experiencia es de lo que puede hablar con conocimiento auténtico. Predica porque comprende el alcance que el mensaje va a tener para los otros, no porque sea su oficio, aunque lo desempeñase con la mejor voluntad. La representación de Dios es muy diferente de la figura humana del «representante». Y si lo que va a decirles es algo de lo que se pone como testigo por haberlo vivido esa experiencia tiene que haberse manifestado en unos signos, es decir, que no es solamente ofrecida por una predicación sino en su misma vida. La vida de los profetas nos revela que se han hecho cuerpo con la revelación. Oseas es una muestra clara.

FORMAS DEL ANUNCIO PROFETICO DE LA SALVACION

1.—Conocimiento de Jesucristo

El dinamismo misionero es a la vez ad intra y ad extra; supone una interiorización y una exteriorización. De ahí que lo primero sea hacerse cuerpo con la revelación.

Como la Palabra ha sido pronunciada plenamente en Jesucristo su contemplación se hace la máxima escucha de la Palabra.

Pablo dobla sus rodillas ante el Padre en súplica de que los efe-
224 sios conozcan el amor de Cristo «que excede a todo conocimiento para

que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios» (3, 19). Juzga que «todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo» (Fil 3, 8).

El estudio de la persona de Cristo a través del Nuevo Testamento y particularmente de los Evangelios es esencial. Se trata de conocer a una persona que con sus rasgos, gestos, actitudes humanas, es Dios. El Evangelio nos ofrece una infinitud de detalles de la persona de Cristo, tan abundantes que un estudio ligero o en bloque nos los hace pasar desapercibidos. Sus silencios, sus palabras, sus gestos, su oración, su sufrimiento, su pobreza, merecen y exigen un estudio en particular.

Estudiar en primer término las relaciones entre Jesús y el Padre, del que testimonia sin cesar lo que ve, lo que entiende y lo que vive. Cuando Jesús predica lo hace siempre como testigo de Dios. A continuación El pide a sus Apóstoles ser sus testigos (4).

Estudiar también sus actitudes frente a los fariseos, a los indiferentes, a los alejados, a las personas de fe débil; sus imágenes, sus parábolas, su comportamiento con los discípulos, etc., nos enseñan a conocerle, a comprenderle. Se trata de conocer a Jesús, y conocer su amor «que excede a todo conocimiento».

Estudiarlo en el dinamismo de su vida. Contemplarlo como evangelizador y como pastor. Por esto, otro aspecto del estudio del Evangelio consistirá en hacer una reflexión sobre los problemas pastorales. El fondo de aquellos problemas que inquietan más a nuestra pastoral guarda una correspondencia con el Evangelio. Jesús ha tomado actitudes concretas ante estos problemas, ha tenido encuentros colectivos de evangelización. La reflexión orante puede orientar nuestra pastoral. V. gr. la narración de Mateo (9, 35-38) nos suministra un esquema de la actividad misional de Jesús que «*recorría* todas las ciudades y los pueblos, *enseñando* en sus sinagogas, *proclamando* la buena nueva del reino, y *sanando* toda enfermedad y toda dolencia. Y al *ver* a la muchedumbre, *sintió compasión* de ella porque estaban *vejados y abatidos* como ovejas que no tienen pastor. *Entonces dice* a sus discípulos: «la mies es mucha y los obreros pocos. *Rogad*, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies». Jesús se nos muestra con una actividad incansable; aprovechando el tiempo; aceptando todas las oportunidades; en contacto grande con las gentes; con una actitud de misericordia y de comprensión; haciendo tomar conciencia a los discípulos y moviendo a todos a la oración porque es testigo del amor y de la acción del Padre.

Las escenas bíblicas nos suministran datos reveladores de las personas a las que se ha acercado Jesús: sobre los móviles que las guían, acerca de sus actitudes fundamentales ante Dios, sus reacciones sociales, etc. Jesús aparece en el Evangelio muchas veces encontrándose con grupos sociales determinados (los pobres, los fariseos, los ricos, los pu-

(4) J. Huguet - S. Saint Gaudens, *L'annonce de la Parole de Dieu*, Prêtres du Prado 79 (1965) 2-40.

blicanos, los discípulos, etc.) ante los cuales la diversidad de su postura es muy rica en matices.

La contemplación de Jesús nos lleva a la imitación, en una comparación serena de su vida y la nuestra, de sus actitudes de evangelización y las nuestras.

2.—**Estudio comunitario del Evangelio**

Forma excepcional de profundizar e interiorizar el mensaje.

Sabemos que la contemplación comunitaria es una forma excelente de oración y que es en la oración comunitaria donde Jesús ha iniciado a sus discípulos (Lc 11, 1-4; Mt 6, 9-13 y 18, 19-20). Sabemos también que el Apóstol Pablo desea a los romanos «tener los unos para con los otros los mismos sentimientos, según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de N. S. Jesucristo» (L 5, 5); y exhorta a los corintios a que tengan un mismo sentir (II Cor 13, 11).

Tener unos mismos sentimientos en Cristo Jesús es difícil sin una oración comunitaria. Quizá el mayor inconveniente para entrar en ellos sea carecer de un espíritu verdaderamente comunitario y esto desgraciadamente quizás sea más frecuente de lo que pueda parecer. Es plenamente insuficiente la cualidad de sociabilidad. Es necesaria una actitud de fe que acepte una presencia del Espíritu por el hecho de unirse en la caridad ante el Señor, que acepte que el Espíritu de Dios normalmente se manifiesta a través de otro y que acepte también que la disposición para escuchar debe superar el cauce del respeto a la persona porque es a la vez el Espíritu y la persona quienes se manifiestan. El Espíritu se expresará a través de todos y hará descubrir en cada uno un aspecto salvador porque sus dones los distribuye «a cada uno en particular según su voluntad» (I Cor 12, 11).

No se trata de aceptar un estudio comunitario movido por una solución práctica, afirmativa de una mayor capacidad visual al aumentarse el número de observadores; es una visión de fe que asegura que la capacidad se plusvalora por la fuerza del Espíritu que actúa allí donde está situada la comunidad y para provecho de la misma. «A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (I Cor 12, 7). En una reunión comunitaria los intercambios de experiencias salvadoras, hechos de vida, acontecimientos, actividades pastorales, iluminados por el Evangelio vienen a dar nueva luz a todos; es el misterio de Dios que se desvela y que permite descubrir mejor los signos por los que Dios se muestra. El Espíritu que gime en nosotros haciéndonos exclamar «Padre», mueve también hacia una apertura fraternal, de comunicabilidad, que facilita e impulsa a un mismo sentir.

Hoy en que abundan tanto las reuniones y en que la labor de equipo se afirma cada vez más ostensiblemente, se necesita más de un mismo sentir, y el estudio en común, en pequeño grupo, del Evangelio, es un medio excepcional para un conocer mejor a Jesucristo y para un mejor enfoque de la problemática pastoral.

3.—**La revisión de vida**

Como medio de reflexión comunitaria quizás sea el lugar más apropiado de armonizar la función profética y la sapiencial. La sabiduría profética exige una acción evangélica, reflexiva y crítica, acerca del Pueblo.

El acontecimiento es instrumento de la revelación y salvación de Dios. Olvidar el acontecimiento es dejar por las buenas el terreno de la fe, porque es querer reconstruir a priori el camino que Dios toma para venir a nosotros y el que tenemos que tomar para remontarnos hasta El (5).

El acontecimiento es signo. Signo de una doble forma: es signo que contiene un mensaje, que lleva el contenido del acto de fe; y signo también en cuanto al mismo tiempo tiene el dinamismo del acto de fe, la provoca. A la vez que prueba que el mensaje es verdadero, consolida la fe.

Y es que el acontecimiento nos pone en la RV en un nuevo encuentro con lo real, un encuentro en la fe. Nos pone en contacto con las situaciones humanas y este descubrimiento es una pregunta que se formula exigiendo una respuesta.

Es previa, pues, la observación de la realidad. Tarea ardua. «Observar es más difícil que razonar. Pocas observaciones y muchos razonamientos conducen al error; muchas observaciones y pocos razonamientos a la verdad. Pero hay más espíritu capaz de hacer silogismos que de aprehender exactamente lo concreto. No hay nada que resulte más difícil al espíritu humano que captar la realidad» (Alexis Carrel).

Duro empeño recoger lo que es expresión viva. Y un acontecimiento es siempre manifestación de la vida de la comunidad. Un hecho (enfermedad, matrimonio, despido) puede modificar el curso de la vida de una persona, o de una familia, o de un grupo social más amplio, o de un pueblo.

La RV es un cauce apropiado para reflexionar sobre el acontecimiento, para hallarle un contenido de fe. Para dar un sentido profético.

Dios está ahí. Solamente queda reconocerlo. ¡Quizás las piedras nos hablan muchas veces de Dios...! (Lc 19, 40).

La RV nos ofrece:

—la realización o incumplimiento por parte de los hombres de la Providencia de Dios. La colaboración de los hombres a la obra de creación. El Dios que llama a una participación en la obra de redención;

—la constatación de un pecado que ataca a la vida misma de la comunidad. La realidad de un pecado colectivo y de unas situaciones pasivas de complicidad. El sentido del pecado personal;

—el sentido de la marcha colectiva. La acción del Espíritu configurando aquí abajo una Humanidad. La regresión o progresión del Pueblo de Dios que marcha;

---

(5) J. Frisque, *Oscar Cullmann.*

—la integración de los valores humanos mediante la luz de la razón y de la fe. La relativización de los bienes de este mundo.

—la correspondencia entre la sucesión de hechos históricos y el designio salvador de Dios. Son los signos de los tiempos;

—el descubrimiento del amor de Cristo. Las llamadas que Dios nos dirige a través de los hermanos y las llamadas que los hermanos nos dirigen a través de Dios.

La RV es un lugar adecuado para la conversión. «Quiero convertirme, deme un libro». Esta es la petición frecuente. Yo respondo: Quieres convertirte; miremos tu vida... La conversión tal como ensayamos de hacerla entre los adultos, comienza por la lectura de los acontecimientos. La fe nace a partir de la atención dada a los acontecimientos de una existencia... (6)

Toda atención que dediquemos a los acontecimientos es pequeña si se considera que Dios puede ofrecer luz sobre la vida de una persona, sobre la marcha de un grupo social y sobre mí. Conectar la vida y el Evangelio es el tema vital obsesionante que se plantea por todas partes. Es cierto que no se puede descifrar claramente y en plenitud el mensaje de Jesucristo en el libro del mundo más que a condición de haberlo leído primero en el libro de la Escritura. Pero se puede y se debe seguidamente leerlo en el libro del mundo y de la vida humana para tener la verdadera y plena inteligencia de lo que se ha dicho en la palabra de la Escritura (7).

Con la RV ampliamos el círculo de las acciones comunitarias, y la acción comunitaria es el medio privilegiado donde se construye la fraternidad y el lugar más favorable a la recepción de la gracia. Una acción humana colectiva es lo que hace posible la construcción de la comunidad, construcción que tiene que realizarse en la Justicia. Todo cuanto se haga mediante acciones comunitarias para promover una comunidad es comienzo y anuncio de una realidad más alta: la vida comunitaria de Dios Trinidad.

4.—**La predicación de la Palabra de Dios**

En primer término situamos la homilía.

La Palabra ha sido anunciada a la Asamblea. Esta Palabra proclamada contiene unos acontecimientos en los cuales Dios ha ofrecido su salvación. Supone una irrupción de Dios en el mundo. Poco importa que el texto leído encierre un hecho salvador expreso, vgr: una conversión, o que resulte una sencilla exhortación a la santidad; en todos los casos la Palabra pone en ruta, abre camino, da fuerza en la marcha o culmina una salvación.

(6) M. Coudreau, *Sources* 17, en *La Vie Spirituelle* (1963).
(7) K. Rahner, *XX siècle, siècle de grâce*, en *La Vie Spirituelle* (1963).

Una salvación de la que se han beneficiado unos hombres; poco importa también que aparezcan personajes o no: son palabras salvadoras.

La Palabra pronunciada en otro tiempo y que hoy vuelve a anunciarse tiene también virtualidad y eficacia. «Cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura es El quien habla» (8). Esta Palabra siempre es operante y dinámica, porque no busca el oído, aunque por él entre, sino la voluntad y el corazón humano que son los que necesitan ser fecundados. Y esta Palabra salva, es decir, es capaz de salvar. Se está ofreciendo de nuevo en la homilía una salvación y se está ofreciendo a través de la persona concreta que proclama la Palabra. Esta salvación que se ofrece es de parte de Dios la ratificación expresa de su Alianza y el contenido de la respuesta de los hombres será la contestación a esta misericordia.

Tomar conciencia de realizar un acto salvador se hace esencial dentro de una actitud de fe para el que lo anuncia. Las diferentes posturas de fe ante esta realidad pueden estar expresadas por una preparación que tome en cuenta la técnica con preferencia a la encarnación que va a tomar en los demás, o al contrario. Prepararla supone actualizar la fe.

La salvación que se refiere en el texto, en la mayoría de las ocasiones ha afectado a unos hombres concretos. Sus actitudes delante de Jesús, sus reacciones, la incredulidad, el gesto de fe o el desprendimiento sencillo, recogen situaciones y hechos humanos que se corresponden con unas situaciones y hechos humanos de la comunidad. La salvación ocurrida en otro tiempo alimenta la esperanza para que Dios vuelva a salvar. Esta esperanza debe alimentar la oración de la comunidad.

Las respuestas de Jesús a las situaciones son siempre dones de amor y de misericordia; la comunidad puede esperar que Jesús repita con ella sus respuestas. Los signos positivos que Jesús descubre en las personas son signos que pueden revelar las actitudes de la comunidad ante Jesús. Las actitudes de las personas del texto ofrecen luz para orientar al pueblo de las que deben tomar ante Jesucristo.

La comunidad debe ser centrada en este hecho: Dios invita a la comunidad a una conversión para constituirla más firmemente. Dios le recuerda que la Alianza tiene sus exigencias y que ofrece y espera una colaboración que sólo será fiel si es capaz de crear actos de Justicia. Dios para continuar su obra salvífica le recuerda a la comunidad que tiene que participar de una responsabilidad y que esta responsabilidad sólo se cumplimenta cuando termine en una acción, a través de la cual se realiza el designio de Dios.

De otro lado está la comunidad a la que se anuncia la Palabra. Para orientarla en su marcha colectiva y personal se necesita partir de la realidad que vive. Dicho de paso, esto pide un esfuerzo enorme por llevar a la predicación un lenguaje sencillo. Conocer los hechos

(8) C. V. II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, 7.

comunes que vive la comunidad permite situarla. Sus valores no pueden ser conocidos sino después de una observación atenta y serena de sus modos de vida, costumbres, nivel formativo, etc. Una comunidad de pobres, tónica de los pueblos y aldeas ofrece unos signos en los que Dios está presente y que sólo necesitan el fermento de la gracia (sensibilidad social para los de su clase, misericordia del pobre, ayuda en la desgracia, compañerismo, sentido de familia, capacidad de sufrimiento...) Sus aspiraciones de igualdad entre los hombres y de reparto de riquezas, tienen que hacer reflexionar profundamente al darnos medida de su capacidad de asimilación del Evangelio. Partiendo de estos hechos puede orientarse la homilía ya que la Palabra de Dios va a pedirles cosas que ya están acostumbrados a dar. Y va a presentarles nuevas formas de vivencias que ya experimentan.

La conexión con el rito permite llevar a la Eucaristía la vida del pueblo. La Misa dominical es la Misa del pueblo, asista o no asista, y es el pueblo el que se hace presente. Los acontecimientos y las incidencias de interés pueden hacerse presentes. Con actualidad, por supuesto. La enfermedad, la alegría, el nacimiento, los conflictos laborales, los sucesos del mundo, tiene que ir a la Eucaristía. La petición concreta por algo que conocen y viven es una invitación sencilla y eficaz a la oración.

Los actos litúrgicos propios de una comunidad, tales como bautismos, matrimonios, exequias, en la mayoría de los casos llevan al templo a un conjunto de personas que solamente acuden en estos casos. Un hombre de tipo medio, en muchos lugares, va, pues, muy pocas veces en su vida al templo. Muchas personas pisan la iglesia dos o tres veces en su vida. Este contacto eclesial merece cuidarlo mucho. Un entierro sin predicación no expresa bien el sentido de fe que hay en el mismo; Dios tendrá algo que decir, dar «su» pésame, al menos. Lo que tiene que decirse en cada momento variará según el tipo de personas presentes. Hay que darle a cada uno lo suyo, y esta regla fundamental de justicia no sólo es válida para la predicación, sino que es exigente. Y esto requiere una vez más un conocimiento previo de las personas.

5.—**Testimonio de vida**

Nuestros antepasados sufrieron una serie de advertencias de parte de Jesús. «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque ellos *dicen* y *no hacen*» (Mt 23, 2-3).

Ocupar la cátedra tiene, pues, una grave exigencia. El testimonio evangélico consiste en primer término en hacer lo que se dice, de poco valdrá una predicación bíblica si no va acompañada y surge de una vida.

Ese pueblo al que se pertenece es el suyo. En él es un miembro más, sin otra diferencia que la de su misión, pero la distinción alcanza

a su responsabilidad no a su persona. La vida que llevan los demás miembros de la comunidad debe ser la suya; la diferenciación queda reducida a los límites propios de su misión y una reflexión detenida se impone para determinar si los signos de vida, los índices de vida, son necesidad de la misión o exigencias que se quiere imponer la persona. Un examen sereno puede llevar a conclusiones sorprendentes y a aceptar que la dignidad sacerdotal exige antes que nada la compenetración plena con la comunidad: su dignidad de servidor se lo exige. Y no cabe compenetración cuando se es diferente.

Esto pide la mayor participación posible del modo de vida de los miembros de la comunidad. El testimonio consistirá en primer término en ofrecer una vida sacerdotal que limita y reduce exclusivamente las diferencias a las necesidades de su misión. Solamente una observación atenta al modo de vida de los hombres permitirá en cada caso la adaptación conveniente, mas en todo caso siempre debe guardarse el rango de pobre. Cuando se vive entre pobres, y todos viven entre pobres, debe meditarse, nunca suficientemente, las profundas palabras del Padre Chevrier: «¿Qué derecho tengo de estar mejor alojado, mejor alimentado, mejor vestido, que Jesucristo, que los Apóstoles, que los pobres del buen Dios? ¿Qué derecho tengo a ser más feliz que los otros?»

La pertenencia a la comunidad implica que la hace suya y con ella todos los problemas de la misma. «Tampoco podrían servir a los hombres si permanecieran extraños a su vida y a sus condiciones» (9).

Un conocimiento personal de las familias, de sus viviendas y condiciones de vida, de sus problemas, de su sensibilidad, no se adquiere sino después de una observación y unas conversaciones lentas y pausadas, agotadoras a veces. Reflexionar sobre los acontecimientos grandes y pequeños que les suceden nos enseña mucho la profundidad de sus vidas, y ésta deja de ser opaca y se trasluce cuando hay una acogida que demuestra el interés, el enorme interés por todo lo que les ocurre. Es difícil y lento ganar la confianza, que consideren al sacerdote como uno de los suyos y los primeros encuentros dan una impresión que no ahonda en la persona. La actitud de profundo respeto a sus creencias, sentimientos, opiniones y modos de comportarse permitirá ir apreciando cómo a través de todo eso, todavía externo, se esconde una persona concreta, parecida a los demás pero distinta, que es a la que hay que evangelizar.

Esto requiere un trato enorme con las personas. Cualquiera que se cruce en la calle merece el diálogo y la atención. Será preciso sacrificar horas para ver cómo se divierten, cómo piensan y cómo reaccionan.

La misión está en la calle, que es donde está la parroquia, en los lugares frecuentados, porque allí es donde se está con las gentes. Y no basta frecuentarlos, es preciso ser aceptado como uno más y saber retirarse a tiempo si la presencia no es bien acogida que lo será siempre si la sencillez, la naturalidad y la aceptación de criterios ajenos son con-

(9) C. V. II, *Sobre el ministerio y vida de los presbíteros*, 3.

secuencias de una vida y no expresión educada de unos momentos; se sabrá ver las razones que impiden la aceptación y dar margen a la espera.

La vida de Jesús es siempre ejemplo ofreciéndose a través del Evangelio. Está siempre en medio de las gentes, en los mercados, en las plazas, en las villas y aldeas pequeñas, en la montaña y sobre la barca. Jesús va siempre hacia los hombres. El Evangelio nos muestra que su vida es un constante ir y venir, siempre con gentes con las que habla y a los que escucha. Mucho tendría que estar en la calle cuando los fariseos lo acusaban de bebedor y comilón y amigo de publicanos y pecadores. Su oración normal es de noche cuando el torrente de la vida está en descanso; de día suele orar partiendo de los mismos acontecimientos que vive con las gentes.

El Apóstol Pablo «siendo libre de todos, se ha hecho esclavo, judío, como quien está bajo la ley, como los que están sin ley, débil. Se ha hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. Y esto lo hace para ser partícipe del Evangelio (I Cor 9, 19-23).

Y es que el anuncio de la Palabra puede darse en todo momento, tiene que darse en toda ocasión. La pedagogía de Dios y la paciencia de Dios enseñan que el mensaje se transmite normalmente de modo progresivo. No se trata de una responsabilización que mueve a decir siempre cosas concretas sino de una misión salvadora que por ser de validez universal tiene que extenderse a hombres concretos, que están en distinta situación interior, de la que debe partirse porque así se guarda el mensaje a la par que se guarda a la persona. Eso que el director espiritual tiene tan claro para el crecimiento espiritual de la persona de forma que a cada una pide según su capacidad, hay que extenderlo a todos; la convivencia y el trato vuelve a hacerse necesario; el único esquema aplicable lo tiene que dar en esbozo la propia persona.

Por otra parte hay que aceptar que hay verdades de salvación que no deben ser proclamadas en la iglesia, sino en la calle y como testimonio de vida. Se sabe y se sufre la falta de confianza en la Iglesia y en todo lo institucional por parte de muchas personas. Una predicación sobre el tema no tiene sentido. Infundir confianza con la vida que uno lleva sí tiene positividad.

Hoy, en que las masas obreras no acuden a la iglesia, no hay más anuncio de mensaje para muchos que el de nuestra vida. Aunque resulte de una lentitud extremada, no hay otra. Y como es una mayoría, ésta quedaría sin evangelizar. El dilema es claro, aunque inquietante y muy comprometedor: o hay vida de testimonio o no hay mensaje.

Quizás no se replantee todavía, en toda su profundidad la aceptación del modo de vida del pueblo. El problema del trabajo ocupa un plano destacado. Hay que admitir que muchas comunidades no entienden el hecho de que el sacerdote no trabaje y esto es un serio inconveniente para la labor pastoral. Son comunidades cuya vida gira en torno al trabajo; su estilo de vida está marcado por el trabajo, el trabajo enmarca y encuadra su sensibilidad y define su personalidad. Hay que ser

un genio para comprender hasta el fondo una temática de vida que no se experimenta. El problema es candente y complejo y hay que reflexionar mucho antes de condenar el estado de opinión de esas comunidades.

Pablo VI en su histórico discurso a la Asamblea General de la O. N. U. habla «de que hemos de habituarnos a pensar e imaginar al hombre de una manera nueva, y de una manera nueva también la vida en común de los humanos. Y, finalmente, de una manera nueva los caminos de la Historia y los destinos del mundo». ¿Por qué no una manera nueva del sacerdocio? Entiéndase bien la pregunta. Muchas veces la evasión es la respuesta a un problema complicado; hace falta reflexionar mucho, consciente de que la serenidad excluye entre otras cosas las dilaciones. Una reflexión sobre este tema quizás sea hoy día una de las mayores exigencias que tiene planteada la sabiduría profética.

Por último, un aspecto capital: el testimonio individual, a pesar de todo lo expuesto, no tiene valor eclesial si no surge de un testimonio comunitario. El equipo sacerdotal en muchos casos es una solución y en muchos lugares, a nivel de zona, de ciudad o de movimientos apostólicos, se tienen experiencias. Un equipo que busque en la caridad un sentido profético, que intente descubrir a Dios en los acontecimientos, que quiere detectar un pecado de ambiente, que ore en grupo, que prepara el anuncio de la Palabra y que oriente una pastoral de conjunto, dará una impronta evangélica a la vida de sus miembros. En una zona minera como la nuestra, varios sacerdotes buscan un testimonio comunitario y la experiencia personal es cada vez más esperanzadora.

Vivir la experiencia de esta salvación en comunidad capacita para comprender mejor el alcance de una comunidad eclesial en la que todos tengan «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4, 32).